

CLAUDIA HERNÁNDEZ
Roza tumba quema

narrativa sextopiso



GUAYASAMIN

Roza tumba quema

Roza tumba quema
CLAUDIA HERNÁNDEZ



sextopiso

Nunca ha estado en París. Sabe que es la capital de un país muy viejo porque se lo preguntaron en un examen en los primeros años de la escuela y tuvo que pedir la respuesta a una compañera, a pesar del miedo que sentía a que la profesora la descubriera y le quitara la papeleta, la sacara del aula, la llevara a la dirección y mandara llamar a su madre para contarle lo que su hija hacía en lugar de repasar sus apuntes a diario, como le habían pedido que hiciera a inicios del año. Le habían dicho que era malo copiar y sentía que no debía hacerlo, pero, en un balance rápido, le pareció peor tener que explicar en su casa por qué no había llevado el diez que su mamá quería que sacara en ese examen y que ella se había comprometido a entregarle. Estaba tan nerviosa por pedir la respuesta número siete que apenas le salía la voz. De hecho, su compañera volvió a ver en la dirección en que ella se sentaba no porque hubiera escuchado su voz de auxilio, sino porque sintió la presión de alguien que la observaba. Cuando descartó que se tratara de la maestra, tuvo que preguntarle varias veces qué quería y adivinar lo que le estaba pidiendo porque fue incapaz de escuchar la solicitud o de leerla en sus labios, que apenas si se movían.

Sintió pena por ella, así que comenzó a pasarle todas las respuestas. Ella ya las conocía. Sólo necesitaba una. La más fácil. La que cualquiera en el salón o en la calle podía haber contestado sin tener que estudiar porque la sabía todo el mundo: salía a cada rato en la televisión y la mencionaban para todo en la radio, como si no existiera otra capital en el mundo. Su compañera no podía creer que no la supiera. En adelante y hasta el día de su graduación, les contaría a todos que ella no había sabido responderla. París se volvería su burla de toda la vida escolar.

De haber podido imaginar cuánto la fastidiaría con eso, no le habría preguntado. La palabra era corta. Sus compañeros escribían con letras muy grandes. Habría bastado con estirar un poquito el cuello a la derecha para obtener el dato de otra compañera o movido los ojos hacia la papeleta del compañero que tenía sentado a la izquierda para tomarlo de ahí. En último caso, podía haberse inclinado hacia atrás para preguntarle a la niña detrás de ella, que le habría cambiado esa respuesta por la número ocho y jamás habría ventilado en público el asunto. Pero no pensó más que en su amiga de los recreos para salir de ese lío, que ni siquiera era lío porque a su mamá, en verdad, no le importaba demasiado si se sacaba un diez o no. Se lo había pedido, en parte, porque todas las mamás le piden lo mismo a sus hijos, pero, sobre todo, porque se lo pedía la oficina que les entregaba ayuda mes con mes. Ahí exigían constancias de que sus cuatro hijas estuvieran estudiando y de que estuvieran siendo vacunadas, además de pruebas de que estaban yendo a los servicios religiosos que la iglesia que patrocinaba esa oficina ofrecía en la comunidad cada semana.

Las notas no eran importantes. Nunca preguntaron ahí si eran legítimas o si había copiado en ese examen o por qué siguió haciéndolo en los siguientes. A los profesores tampoco les importaba. De hecho, les daba igual si todos en el aula copiaban y si lo hacían con descaro. Ellos no eran misioneros tratando de salvar almas, sino algo más parecido a cuidadores que abrían la puerta en la mañana y la cerraban al mediodía, agentes que movían el tráfico estudiantil de un año al otro y los responsables de entregar al ministerio cuadros de notas al final de cada uno. Si querían ser algo más o hacer algo más, debían moverse de lugar o cambiarse al sistema privado, que pagaba menos y exigía más. Si se quedaban, debían comprender que los muchachos locales no debían ser molestados más que con lo mínimo porque, sin importar lo que ellos quisieran o hicieran, terminarían sembrando en los campos que cultivaban sus padres y cuidando al ganado que naciera del de ellos, si es que no emigraban y terminaban en la cocina de alguien

o pintando paredes ajenas o cuidando los jardines de alguien que jamás les preguntaría de ciencias sociales o de tipos sanguíneos, por lo que era mejor tampoco molestarlos con eso o insistirles en que mejoraran la caligrafía. Las muchachas hornearían pan, harían los oficios de la casa a diario y prepararían tamales para las ocasiones especiales. Tendrían hijos y pasarían la vida entera en el pueblo cuidándolos, a menos que se casaran o se acompañaran con alguno de los soldados del cuartel o con un policía. Entonces tendrían que mudarse si a ellos los cambiaban de asignación y cuidar a los hijos en el lugar que les tocara hasta que volvieran al pueblo, si es que podían. En cualquier caso, nadie les preguntaría con cuánto pasaron cada uno de los grados que alcanzaron a cursar o si copiaron o no en algún examen. Sólo importaba que no hubiera reprobación, para que las cifras calificaran al país para recibir nuevos préstamos y ayudas de las oficinas de cooperación. Así que, aunque ella hubiera fallado todas las respuestas esa vez o las siguientes, la habrían promovido como promovieron incluso a aquellos que llegaron al final de la secundaria sin saber leer y escribir o a aquellos que no entraban a clase por quedarse jugando en la plaza frente a la escuela. Estaban tan convencidos de que nada podía hacer que los destinos cambiaran que, si ella les hubiera pedido que le pusieran un diez sin hacer la prueba, ellos se lo habrían concedido sin problema alguno. Pero eso no lo sabía ella, así que se esforzó por conseguir respuesta para la única pregunta que le faltaba y fue feliz —aunque con un leve remordimiento— cuando le entregaron el diez que había prometido y vio a su mamá alegrarse y llevarlo, orgullosa, a la oficina que dispensaba la ayuda y que sólo lo apiló en un estante.

Por eso no necesitó que le explicaran qué era París cuando le anunciaron que era muy posible que su mamá se fuera para allá por un mes o por un mes y medio. Entendía que era una buena noticia y, en el fondo, se alegraba por ella. Si no sonreía como el resto no fue porque se tratara de esa ciudad entre todas las ciudades del mundo, sino porque un mes o un mes y

medio era mucho tiempo, sobre todo si su mamá planeaba dejarlas a sus hermanas y a ella al cuidado de una señora.

Era demasiado pronto para saberlo. Faltaba arreglar varios detalles para saber si su temor se realizaría o no. Su madre no le daba respuestas claras. Le decía que el tema de la señora que cuidaría de ellas no era importante en ese momento. Tampoco le importaba demasiado el tema de la ropa adecuada para soportar el frío de la ciudad, que para entonces no podía concebir porque toda su vida se había movido en la región más caliente de un país tropical. Su preocupación estaba en conseguir la cantidad de dinero que debía aportar para el viaje, que, con todo y el descuento que le dijeron que le habían tramitado, era muchísimo más de lo que ella podía lograr en lo que quedaba para la fecha que le habían puesto de plazo o en varios años más. Había calculado que podía vender el molino para maíz que había comprado para trabajar después de que se le murieron todos los pollos que tenía de crianza en una sola oleada de gripe aviar, pero desistió luego de que la señora que aceptó cuidar a sus hijas le dijo que ése era el seguro de vida de sus niñas. Si algo llegaba a pasarle en ese viaje —no fuera a quererlo Dios y no era que se lo deseara—, sus hijas podían seguir trabajándolo y tendrían para comer si ella faltaba. Entendía su situación, pero debía pensar en las muchachitas que quedaban. Le sugería que mejor saliera a pedir, aunque le diera vergüenza. Pero no a las calles, como los pobres, o a las casas, como los de ahí, sino a las oficinas, a las radios o a los canales de televisión. Tal vez si contaba su historia, si compartía los detalles más tristes, la gente se apiadaba de su situación y donaba para hacerle posible su sueño. Podía resultar. Había visto gente a la que le daban sillas de ruedas, camas especiales y hasta operaciones sin pedirles nada a cambio. Una vez vio a una viejita pedir que le construyeran una casa porque la que habitaba podía caerle encima en cualquier instante y, a las dos semanas, salió una nota en la que aseguraban que ya se la estaban haciendo. No recordaba si había sido una sola persona la que se la pagó o varias que abonaron a un número de cuenta

que salía en la pantalla. El punto era que la señora había conseguido lo que deseaba, así que ella también podía hacerlo. La gente era generosa con los que suplicaban, sobre todo si se cortaban por el llanto mientras hablaban. Ella tenía una buena oportunidad porque siempre se quedaba sin habla a media historia. Pero no quería suplicar. Más que eso, no quería que un montón de extraños fueran testigos de algo que no les concernía. Ese tema de su vida privada era asunto sólo de ella y de los que la metieron en él. Así que pensó en ir a buscarlos a ellos para que la ayudaran a salir. Se lo debían. Aunque dijeran que no habían sido responsables y soltaran discursos acerca de una situación que los superaba a todos, estaban conscientes de eso. Si la veían sentada en las salas de espera con aire acondicionado de sus trabajos, tendrían que acceder a lo que fuera que ella les pidiera. Pero no quería verlos de nuevo. Ni pedirles nada.

Sacar un préstamo parecía una mejor idea, aunque fuera sin la garantía que dan los bancos. Sabía de un hombre en las cercanías que daba la plata fácil si se llegaba con recomendación y sabía quién podía recomendarla. No la haría quedar mal. Incluso si llegaba a ser necesario, se metería a trabajar como empleada doméstica hasta pagar el último centavo. Nadie lo dudaba. El problema era que el prestamista no daba plazos tan largos para devolverle la cantidad que quería. Y, para ese caso, no le bastaba con la recomendación: quería algo más, por si ella de pronto descubría que París era un mejor lugar para vivir y se quedaba allá para siempre. Lo único que pedía era algo que le diera más tranquilidad mientras ella estuviera lejos: un terrenito, una casita, algo que tuviera título de propiedad y le calmara los nervios. No era un hombre de fe, pero le habría gustado serlo alguna vez. Quizás en otro tiempo, con otras ropas y otra situación. Por desgracia, estaban en ésa y no podía darle lo que pedía. En cambio, le recomendó ir a los canales de televisión. O hablar con el alcalde recién electo. El hombre estaba tan desesperado por encubrir el fraude con el que llegó a la posición que, para efectos prácticos, le daba a todo el mundo lo que le pidiera.